



SANDRA FERRER

Mujeres silenciadas
en la Edad Media

Los siglos medievales fueron tiempos difíciles para las mujeres. La misoginia y los prejuicios tanto de eruditos laicos como de los poderosos hombres de Iglesia no se lo pusieron nada fácil a aquellas mujeres que soñaron con desarrollar sus dotes intelectuales o artísticas y saltar el constreñido muro de sus hogares.

Para ellas solamente existían dos caminos, ser esposa y madre o entrar en un convento. En ambos casos se les exigía discreción y sumisión. Pero existieron mujeres que decidieron arriesgarse y escoger otra senda distinta.

Es de estas mujeres de las que trata la obra, un libro que pretende recuperar las biografías de algunas de ellas y romper con un silencio larga e injustamente impuesto.

Mujeres silenciadas en la Edad Media hace primero una reflexión sobre el mundo en el que les tocó vivir, una sociedad en la que los modelos que imperaban eran la Eva bíblica, causante de todo el mal, y María, la madre de Dios y redentora del mundo.

Es este un viaje al mundo de las catedrales, a los tiempos en los que nacen las universidades, un recorrido por un tiempo en el que Europa empezaba a despertar en sus ciudades, donde el comercio iniciaba un lento pero inexorable avance hacia el mundo moderno.

Pero es un viaje hecho de la mano no de los hombres, sino de las mujeres. De aquellas que aquellos quisieron arrinconar y que, en algunos casos, no lo consiguieron.

*A mi padre, de quien he heredado una pasión
insaciable por la historia.*

Introducción. Cuando se abrió la ventana...

Cuando era pequeña, me apasionaban las clases de historia. La Edad Media era mi época favorita. Aún recuerdo aquella pirámide en la que pintábamos a los campesinos en la base, los caballeros y clérigos en el medio, los reyes en la cima. Imaginábamos hombres sobre caballos, armados con largas lanzas, monjes rezando en bucólicos claustros, reyes con ricas testas coronadas. Pero ¿y las mujeres? En aquel entonces, hace ya unas décadas, lo cierto es que no me lo planteé. Aparecía alguna damisela con aquellos cucuruchos estrafalarios en la cabeza y hermosos trajes que imitábamos en casa con viejas telas de cortina.

Pasados los años, en una revista de historia medieval, me topé con una mujer, ataviada también con aquellos gorros extraños, acompañada de otras tantas damas. Eran ilustraciones de *La ciudad de las damas*, aquella gran obra precursora del feminismo (¡en plena Edad Media!) escrita por Cristina de Pizán, considerada la primera escritora profesional de la historia y de quien tendré ocasión de hablar.

Por aquel entonces ya había descubierto nombres propios femeninos medievales como las archiconocidas Leonor de Aquitania o Juana de Arco. Pero Cristina me abrió una ventana a su ciudad de las damas... y a una gran cantidad de preguntas. Leonor fue reina, Juana una santa. Roles estereotipados de las mujeres en la Edad Media. Pero, en un mundo en el que el 90 % de la población era campesina; donde las mujeres vivían a la sombra de padres, maridos o

clérigos; un tiempo en el que el analfabetismo era aún, si cabe, más extendido entre las campesinas, ¿cómo podía ser que una mujer, viuda y sola, hubiera conseguido vivir de la palabra escrita, y en el siglo XIV?

Cristina de Pizán fue solo el principio. Tras ella encontré otros nombres propios como Hildegarda de Bingen, Sabine von Steinbach, Jacoba Felicié, Beatriz de Día, María de Francia, Matilde de Magdeburgo, Catalina de Siena, Brígida de Suecia, Alice Kyteler, Gertrudis de Hefta, En Depin-trix... No está mal para un tiempo en el que nacer mujer suponía llegar a un mundo de encierro, ya fuera en el hogar o el monasterio. Junto a estos y otros nombres propios que iré desvelando para aquellos que quieran acompañarme en este relato, descubrí que las mujeres habían sido, también, constructoras, albañiles, trovadoras, iluminadoras, escritoras, médicas... que algunas habían participado en actividades reservadas a los hombres; que otras habían conseguido incluso el aplauso de ellos; a pesar de que también las hubo que perdieron su vida por conseguirlo.

Poco a poco, todas estas mujeres, con nombres propios o anónimos, están siendo descubiertas por grandes historiadores, escritores y periodistas que reclaman para ellas el lugar que les corresponde en el mundo medieval, un mundo eminentemente masculino y, a menudo, en exceso misógino. Esta es mi humilde aportación para visibilizar a aquellas mujeres. Sin denostar a los hombres, sin alimentar la hoguera de la guerra de sexos. Simplemente descubriendo un universo femenino apasionante, largamente silenciado y que, espero que con el tiempo, aparezca en las clases de historia para que los que ahora son alumnos, como yo un día lo fui, descubran un mundo de hombres y mujeres, y puedan situarlos a todos en el lugar que les corresponde.

... aparecieron las damas

27 de noviembre de 1095. La ciudad de Clermont se ha convertido en el centro del orbe cristiano. Tras sus murallas se está celebrando un concilio en el que se llamará a la toma de Jerusalén y la lucha contra el infiel que la historia conocerá como la Primera Cruzada. Al sínodo de la Iglesia han sido llamados unos trescientos clérigos y laicos que durante varios días se han reunido en la catedral de Clermont. Fuera del templo, que por aquel entonces aún no ha tomado la forma gótica posterior, el mundo sigue su curso.

Entre los asistentes al concilio, todos son hombres. Hombres de fe, temerosos de Dios, a quienes se les ha educado en una tradición cristiana en la que las mujeres no salen muy bien paradas. Mientras el destino de sus maridos e hijos se decide intramuros, ellas permanecen ajenas al gran capítulo de la historia que se está escribiendo a tan solo unos metros de sus vidas.

Entre aquellas mujeres encontramos a una joven y tenaz artesana, a la que llamaré Marie. Mientras sus hijos corretean por la planta superior de la casa, ella trabaja en el taller de la planta baja, con una pequeña cuna a su lado en la que descansa un bebé fajado al que no quiere coger cariño, pues ya ha perdido a tres en el camino. Marie forma parte del gremio textil, porque su marido es maestro del mismo. Ella es hija y esposa de artesanos. Y como tal, trabaja en el negocio familiar.

Más allá de las murallas, donde probablemente llega el tañido de las campanas catedralicias, una campesina, a quien llamaré Jeanne, se afana por preparar el campo en aquellos fríos días de noviembre mientras sabe que en casa le espera la cocina. Y cuando termine con los pucheros, un pequeño telar aguarda al fondo de la humilde estancia para tejer la ropa de los niños y de su esposo. Sus ropas probablemente estén llenas de remiendos. Lleva a un retoño colgado a la espalda, mientras otros cuatro revolotean a su alrededor. El mayor, por suerte, ya empieza a ser una ayuda importante en el campo.

Colindante a las tierras arrendadas por el marido de Jeanne, un monasterio de monjas benedictinas protege tras sus muros los cuerpos y las almas de las decenas de muchachas que han renunciado al siglo para vivir de espaldas a él y mirando a Cristo, con el que se quieren desposar, y a la Virgen María, a quien sueñan con alcanzar en piedad y santidad.

Aquel 27 de noviembre, el mundo medieval empezaba un capítulo en mayúsculas de la historia, en el que unos cuantos hombres decidieron el destino del resto de hombres y mujeres de la cristiandad. Pero ¿y las mujeres? ¿Marie, Jeanne, las religiosas? ¿Fueron tomadas en consideración? Por supuesto que no. Pero Marie, Jeanne y todas las muchachas más o menos piadosas del cenobio que he imaginado eran mujeres reales que vivieron a la sombra de los hombres. Algunas, sin embargo, salieron a la luz.

Tanto unas como las otras, son las damas de este relato, una pequeña ventana abierta a unos siglos apasionantes donde también vivieron mujeres apasionantes.

1. La oscura Edad Media, ¿más oscura para las mujeres?

La mujer es un hombre incompleto.

ARISTÓTELES

En lo que se refiere a la naturaleza del individuo, la mujer es defectuosa y mal nacida.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

Me preguntaba cuáles podrían ser las razones que llevan a tantos hombres, clérigos y laicos, a vituperar a las mujeres, criticándolas bien de palabra bien en escritos y tratados.

CRISTINA DE PIZÁN

A lo largo de la Edad Media se forjó la raíz de la cultura cristiana que ha permanecido hasta nuestros días. Una sociedad basada en el cristianismo que bebió de las fuentes clásicas y las adaptó a sus propias necesidades e intereses y que marcó para siempre el devenir de la Vieja Europa.

Cuando Constantino hizo de la fe de Cristo el credo oficial, religión y poder fueron de la mano durante mucho tiempo.

Los Padres de la Iglesia que a lo largo de los siglos medievales fueron diseñando las formas de vivir de sus fieles vivieron en un tiempo en el que la superstición, el miedo a lo desconocido y los mensajes apocalípticos sobrevolaban sus templos influyendo indefectiblemente en su modo de ver el mundo. Un mundo a menudo hostil, difícil de entender y controlar en el que razones sobrenaturales inspiradas en las Sagradas Escrituras debían dar una respuesta a sus angustiadas preguntas.

Las malas cosechas, las epidemias, las tormentas descontroladas, tenían que ser fruto de algún mal ocasionado por los y las que vivían en la tierra desatando la ira divina.

En este escenario apocalíptico la mujer dio la solución a muchas de las preguntas sin respuesta. Porque si la naturaleza era un universo desconocido en muchos de sus aspectos por los hombres, la mujer también lo era. Un ser que, según los clérigos eruditos no estaba hecho a imagen y semejanza de Dios como ellos, los hombres, sí lo estaban. Alguien que dentro de sí engendraba vida sin entender muy bien cómo lo hacía; que alimentaba después a sus vástagos con su propio cuerpo y, lo que es más importante, provocaban en los hombres sentimientos, instintos, que no siempre podían controlar. ¿Qué hacer, pues, con ellas?

Las Sagradas Escrituras se lo pusieron fácil. El Génesis hablaba de Eva, a quien dedicaré un espacio específico, bien se lo merece. La compañera de Adán (y no a la inversa) creada por Dios para hacerle compañía en el paraíso. Fue ella y solo ella, y así se encargaron de repetir hasta la saciedad en púlpitos, capiteles y manuscritos, la que abocó al abismo a Adán, quien parece ser que no tuvo más opción que sufrir la maldad de la compañera dada por el Creador.

Si recuperamos a Marie, la artesana de Clermont, o a Jeanne, la campesina, pensemos en ellas mismas y en sus

particulares compañeros. Maridos con los que se han casado posiblemente por supervivencia para crear una unidad familiar de producción y poder vivir así del trabajo y esfuerzo mutuos. Marie y Jeanne han oído al párroco domingo tras domingo que Eva fue la pecadora, la que creó el pecado original y expulsó a la raza humana del paraíso. Por su culpa ahora deben trabajar y sufrir penurias. Sermón que también han oído sus maridos (y que pronto escucharán atentamente sus hijos). Si pensamos que entre ellos existe un mínimo afecto matrimonial, filial o maternal, podemos imaginar también un conflicto interno de dimensiones considerables.

Pero ¿por qué el hombre odiaba a la mujer? Quiero pensar que no todos los hombres odiaban a las mujeres y que, posiblemente existieron algunos (¿los maridos de Marie o de Jeanne?) que no entendían tampoco cómo sus esposas o, mejor, sus dulces madres, eran poco menos que la encarnación de Satán en la Tierra. Pensemos que en la Edad Media, el poder de la palabra (lo que en el siglo XXI llamaríamos estrategias comunicativas) lo tenía la Iglesia. Y ¿quién era la Iglesia? Hombres que habían decidido vivir alejados de las mujeres, ajenos a su naturaleza, huyendo de ellas, sin interesarse lo más mínimo por ellas. Y cuando lo hicieron, no salimos muy bien paradas. En primer lugar, porque cuando los monjes se ocuparon de pensar en las mujeres no se fijaron en las mujeres que les rodeaban (estaban muy alejadas de sus muros). Así que se las tuvieron que imaginar creando estereotipos basados, como veremos en el primer capítulo, en dos imágenes opuestas que aparecen en la Biblia, Eva y María. En segundo lugar, porque las mujeres no tenían salvación. Todas habían nacido pecadoras, todas eran hijas de Eva pero ninguna, por más virginal, piadosa y perfecta que fuera, llegaría nunca a ser María. Como mucho la imitaría, pero nunca alcanzaría su perfección.

Sorprende ver este panorama oscuro para las mujeres medievales cuando Jesús, el hacedor del cristianismo, no

fue precisamente un hombre misógino. Tanto en vida de Jesús como en los primeros siglos en los que permanecieron sus enseñanzas, las mujeres se situaron en igualdad de condiciones que los hombres. Jesús defendió a las mujeres, se rodeó de ellas y les ofreció el honor de ser una de ellas, María Magdalena, la que descubrió que había resucitado.

En los primeros pasos de un recién instaurado cristianismo encontramos a mujeres ejerciendo de diaconisas y sacerdotisas. En los siglos en los que el Imperio romano persiguió a los cristianos de manera sangrienta, fueron muchas las mujeres cristianas que perecieron bajo martirio y se convirtieron en heroínas para futuras generaciones de creyentes. Fueron ellas, en aquellos siglos de prohibición, las que mantuvieron en el silencio y anonimato de los hogares, la llama del cristianismo encendida. Una llama que extendieron hasta tronos como los de Constantino, por mediación de su madre, Santa Helena, o el de Clodoveo I, rey de los francos, quien se convirtió al cristianismo guiado por su esposa, Santa Clotilde.

Pero fue precisamente en este proceso de institucionalización del cristianismo en el que las mujeres empezaron a molestar a los Padres de la Iglesia. Mientras que Jesús no vio con malos ojos tenerlas cerca y hacerlas participar de su mensaje, los que sentaron las bases del cristianismo medieval decidieron adoptar las ideas misóginas y de sometimiento antes que buscarles un lugar activo en su nuevo orden universal.

Así, desgraciadamente, la misoginia que recorrió como una epidemia la Edad Media en Europa (y no se extinguió, por desgracia, en siglos posteriores) puso a la mujer en una situación complicada. Porque, si era un ser incompleto, imperfecto, pecador y fuente de todo mal, además de analfabeto e inculto, ¿cómo iba a aspirar a algo más que a lo que la naturaleza y Dios le habían deparado?

«Parirás con dolor» nos dice el Génesis, mientras que Santo Tomás de Aquino dejó escrito en su *Summa Theologica*: «Tal y como dicen las escrituras, fue necesario crear a la hembra como compañera del hombre; pero como compañera en la única tarea de la procreación, ya que para el resto el hombre encontrará ayudantes más válidos en otros hombres, y a ella solo la necesita para ayudarle en la procreación». En definitiva, la mujer era, como dijo Aulo Gelio, «un mal necesario».

Pero Aulo Gelio no era monje ni vivió en la Edad Media. Fue un escritor romano del siglo II. No vayamos a echar toda la culpa de la misoginia medieval a los monjes, abades o cardenales. La imagen negativa de la mujer fue una imagen heredada de la Antigüedad. Si nos remontamos unos cuantos siglos, hasta el VIII a. C., encontramos a Hesíodo, poeta griego que relató el nacimiento de Pandora, la «ruina de la humanidad» creada por Zeus para castigar a Prometeo quien ha robado el don del fuego. Pandora lleva consigo una caja en la que esconde, por poco tiempo, todos los males y desdichas del mundo. Muchas similitudes con nuestra Eva cristiana...

En la Grecia de los filósofos y en el glorioso Imperio romano encontramos una gran cantidad de referencias misóginas que no dejaron nada bien paradas a las mujeres.

Ante semejante panorama, no es de extrañar que mujeres como Marie o Jeanne, nuestras pecadoras habitantes de Clermont, sintieran miedo de sí mismas, rechazo incluso y deseos de haber nacido hombre.

Después de ver cómo los hombres forjaron la imagen de Eva y la esculpieron en capiteles, claustros y portaladas de las más hermosas iglesias junto a la serpiente y la manzana, para dejar constancia de lo que eran, nos podemos imaginar que cualquier mujer que quisiera romper con esa imagen era algo más que valiente.

Aun así, algunas llegaron a ser reverenciadas por aquellos mismos hombres, lo veremos cuando nos adentremos en el fascinante mundo de Hildegarda de Bingen, mientras otras pudieron tener una vida un poco más enriquecedora que permanecer a la sombra y bajo la voluntad total de los hombres de su familia. Porque existieron algunas de aquellas hijas de Eva que se revelaron alzando un grito silenciado y osaron convertirse en médicos, escritoras, compositoras o incluso asesoras políticas.

Es cierto que nos han llegado muy pocas, escasas, historias sobre mujeres excepcionales en la Edad Media. La pregunta clave es ¿por qué no existieron?, ¿por qué no fueron tomadas en consideración por los cronistas? Lo que está claro es que las mujeres no alcanzaron más cimas sociales porque se las ató en corto tras la puerta de su casa. Solo unas pocas se liberaron, dejando un largo camino de sufrimiento y, por supuesto, escuchando voces inculcatorias a diestro y siniestro. Ya lo dijo la propia Cristina de Pizán cuando afirmó que «la excelencia o la inferioridad de los seres no residen en sus cuerpos según el sexo, sino en la perfección de sus conductas y sus virtudes». Tendrían que pasar muchos siglos para que Mary Wollstonecraft dijera algo tan obvio como que las mujeres no habían conseguido más cosas en el mundo de la ciencia, la política o el arte porque se les había vetado el acceso a la educación. Pero esta es ya otra historia.

2. Lo que dejaron ser a las mujeres. Modelos establecidos

2.1. Las hijas de Eva

Dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

GÉNESIS

Adán fue tentado por Eva, no ella por él

GRACIANO

En una sociedad mayoritariamente analfabeta como la medieval, fueron necesarios medios visuales y orales para transmitir los valores que la Iglesia quería sembrar en sus fieles. Un analfabetismo que no fue ni mucho menos combatido pues hasta el siglo XVI y la reforma protestante, suponía una herejía acercarse a las sagradas escrituras siendo hombres (y mujeres) laicos. Eran los curas de las parroquias, los abades y los obispos en las grandes catedrales, los intermediarios de Dios en la Tierra y como tales eran ellos, y solo ellos, los encargados de transmitir la palabra divina a sus rebaños de pecadores.

El púlpito fue el principal medio de transmisión, pero hubo otro también muy efectivo, el de las esculturas, relieves y vitrales de las iglesias románicas y góticas. Las imágenes representadas en capiteles o portaladas tenían una doble función, ornamental y, sobre todo, pedagógica.

Antes de que la imagen de María se extendiera por todas las hermosas catedrales consagradas a ella, otra mujer aparece de manera reiterada en las piedras de las iglesias medievales. Esa mujer es, sin duda, Eva.

La imagen más recurrente es la que recrea la escena del pecado original. Con Adán y Eva dispuestos uno a cada lado del árbol de la ciencia, aparecen en posturas distintas. Mientras Adán se esculpió en algunos casos tapándose la desnudez, en otras aparece con la mano en el cuello como muestra de su atragantamiento al probar la fruta prohibida que le ha ofrecido Eva, a quien, en otras ocasiones señala acusatorio con una de sus manos. Al otro lado, la primera mujer señala el fruto, colgado del árbol en el que se retuerce la serpiente maligna que irá durante mucho tiempo ligada a Eva. Hasta tal punto irán de la mano, que incluso una se llegará a identificar con la otra. Para muestra, la impactante escultura de Eva en la iglesia francesa de San Lorenzo de Autun en la que aparece estirada con marcadas formas sinuosas. Porque Eva se ha transfigurado en la serpiente maligna.

Nos encontramos, por tanto, con una sociedad analfabeta que es educada moralmente por una Iglesia que repite una y otra vez que el pecado, el sufrimiento y la desdicha humanas provienen de una mujer, Eva, y que todas las mujeres, como hijas de Eva, son igualmente culpables de haber perdido el derecho al paraíso y sufrir en la Tierra toda suerte de desgracias. No es de extrañar que muchos hombres quisieran alejarse de ellas.

En un pasaje del Nuevo Testamento, concretamente tras la crucifixión de Jesús, el Evangelio nos dice «Lo que está escrito, escrito está». Esta frase la podemos hacer extensiva